

Retos de la educación media superior y superior para el futuro de Colima¹

Juan Carlos Yáñez Velazco

1

Pensar el presente, pensar el futuro

Se afirma que el presente de las escuelas es el futuro de los países. Si estamos de acuerdo con tal aseveración, pensar el futuro nos obliga a pensar el presente, a observar críticamente el aquí y ahora, para imaginar escenarios posibles en función de tendencias y el impacto probable de las políticas públicas en la materia. En esa perspectiva advierto un conjunto de retos que habrán de enfrentar la educación media superior y superior en Colima; aunque resulta inevitable mirar el panorama nacional y al resto del sistema educativo, para una comprensión íntegra de la problemática. Son retos del presente, que podrían seguirlo siendo en el futuro, con mayor nivel de gravedad, si no existen voluntades políticas, conjunción de esfuerzos entre los distintos actores implicados en los procesos educativos, políticas de Estado, una firme decisión gubernamental y la participación presupuestal requerida. Los cinco retos elegidos son una parte de la problemática educativa, pero si logramos incidir en ellos, muchos de los otros podrían amortiguar sus efectos, lo que permitiría convertir a Colima en una entidad con un formidable potencial formativo, comparable con otros países del mundo y, sobre todo, que hace efectivo el derecho constitucional -y universal- a una educación capaz de transformar las vidas de los hombres y mujeres que la habitan, así como a lograr que tan trascendente función social cumpla los cometidos de la educación a principios de nuestro siglo: contribuir a la construcción de una sociedad mexicana y colimense democráticas, económicamente desarrolladas y socialmente justas.

¹ Ponencia presentada en el foro *Diálogos para el futuro de Colima*, tema: educación y desarrollo, organizado por la Fundación Colosio en Colima, Universidad de Colima y SNTE, el 29 de febrero de 2008. El autor es profesor de tiempo completo y director general de Educación Superior en la Universidad de Colima. jcyanez@ucol.mx

Analfabetismo y rezago

Quiero empezar por un tema de enorme interés para los estudiosos en la materia pero dramático para los ciudadanos que lo padecen: el analfabetismo. El saldo es terrible. En el *Programa Nacional de Educación 2001-2006* se informó lo siguiente: al principio del sexenio de Vicente Fox 32.5 millones de mexicanos de 15 años y más no tenían educación básica completa (primaria y secundaria), de ellos, 11.7 millones no tenían primaria, 14.9 millones no habían concluido secundaria y 5.9 millones eran analfabetas. El 3 de septiembre de 2007 la Secretaría de Educación Pública (SEP), en palabras del subsecretario de Educación Media Superior, Miguel Székely, actualizó la información: el rezago educativo es de 33 millones: seis millones de analfabetas, 10.5 millones no terminaron la primaria y 17 millones no tienen un certificado de secundaria. Muchas conclusiones y preguntas podrían inferirse, lo evidente es que el sexenio del primer gobierno panista no sólo fue incapaz de disminuir el rezago, ni siquiera pudo evitar que creciera.

El problema tiene diversas aristas, por un lado, brutales desigualdades a lo largo de la República entre entidades federativas; mientras el DF (2.4%), Nuevo León (2.5%) y Baja California (2.8%) tienen menos del tres por ciento de analfabetismo en la población de 15 años y más, en Chiapas (20.4%), Guerrero (18.9%) y Oaxaca (17.9%) supera el 17 por ciento. El fenómeno contrario se expresó de igual forma: la mejora del promedio de años de escolaridad de 5.6 a 9 es resultado de un mayor acceso a la escuela en general, sobre todo, del incremento de la escolaridad de los deciles con mayores ingresos económicos que aumentaron de 9 a 14 grados (entre 1984 y 2004, según datos de la Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior, ANUIES); en tanto que en el decil más pobre apenas aumentaron de 3 a 5.5 años. Para tener un punto de referencia, entre los países miembros de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), la edad promedio es de 12 años, lo cual significa que hay mexicanos que tienen el promedio de escolaridad de los países más desarrollados, pero también otros, millones de mexicanos, con promedios de los países más atrasados del planeta.

En Colima, de acuerdo con los datos del II Censo de Población y Vivienda 2005, la población de 15 años y más asciende a 386 mil personas, de las cuales, 24,782 están

clasificadas como analfabetas, lo que se traduce en un porcentaje de analfabetismo de 6.4%. ¿Mucho o poco? Depende del modelo de estado y de la perspectiva que frente a ello se asuma. Para minimizar el problema se afirma que la mayoría de la población analfabeta son adultos y migrantes, sin embargo, los adultos también tienen el derecho constitucional a la educación básica, o por lo menos a los más elementales rudimentos para aprender a leer y a escribir su nombre. Por otro lado, los migrantes son mexicanos, podrían convertirse en habitantes de la entidad y sus hijos habrán de cargar el lastre de una educación familiar incipiente, lo que significará para ese segmento de la población joven una herencia que podría marcar negativamente sus posibilidades de continuar en el circuito social y no ser excluidos de los beneficios de una sociedad democrática.

El rezago educativo, es decir, los colimenses sin educación básica terminada deben ser motivo de preocupación, pues representan el 42.7% de la población mayor de 15 años; en números absolutos, más de 160 mil personas. Entre ellos, la población sin primaria completa alcanza la cantidad de 83,316. Los más de 160 mil colimenses representan un factor que no favorece ni el avance político de la entidad, ni el desarrollo económico, pues perder su empleo o buscar uno podría significar la exclusión del mercado de trabajo, porque sin un certificado de secundaria, el tipo de empleo a que puede aspirar es de la peor calidad, en el mejor de los casos.

En síntesis, enfrentamos dos enormes desafíos educativos y éticos: el analfabetismo y el rezago en educación básica. ¿Por qué son un problema para la educación superior? Por lo menos se podrían elaborar dos argumentos para incluir ambos temas en la agenda del presente y el futuro de la educación media superior y superior. Primero, porque el sistema educativo en su conjunto debe ser motivo de las ocupaciones y preocupaciones de las instituciones de educación superior, como se aceptó y declaró en la Cumbre Mundial de París, magno encuentro global celebrado hace diez años. Segundo, porque recuperar el rezago nacional en educación secundaria en un 10% -cifra modesta y asequible-, esto es, lograr que retorne al sistema escolar ese porcentaje, significaría un incremento de 1 millón 700 mil estudiantes, que reventarían la capacidad actual del sistema de educación media superior. A escala, una situación semejante se podría experimentar en Colima.

Una visión estatal de la educación

El reto anterior ilustra, me parece, la necesidad de respuestas sistémicas y no parciales; significa encarar los nuevos y viejos desafíos con soluciones distintas, entre otras, como un auténtico sistema firmemente articulado entre la educación básica y la media superior y superior. Ciertamente el sistema educativo nacional está estructurado de esa forma, con una notable desarticulación entre la básica y la postbásica, pero justamente por eso, Colima podría convertirse en una entidad que se convirtiera en un punto de referencia para el resto del país.

Si lo anterior es válido para el conjunto del sistema, esto es, si resulta evidente que debe construirse un sistema estatal de educación, se podría iniciar ese largo y no sencillo camino estructurando, en el corto plazo, un sistema estatal de educación media superior, pues el reto de la cobertura en ese tipo educativo revela todavía un enorme trecho para alcanzar el grado de desarrollo de las entidades más avanzadas.

Cobertura en educación media superior y superior

Cobertura es la relación entre los estudiantes de un nivel educativo, con respecto a los habitantes en edad de estudiar ese nivel. En Colima hay más de 50 mil jóvenes en edad de estudiar en educación media superior, y en el conjunto de las instituciones hubo poco más de 20 mil estudiantes en el ciclo 2005-2006. La desproporción es evidente. De acuerdo con datos de la Secretaría de Educación Pública, la cobertura en educación media superior pasó en Colima de 52.4% (lugar 15 nacional) en el ciclo 2002-2003, a 59.9% en el ciclo 2005-2006 (lugar 13); lejos del Distrito Federal (89.1%) y Baja California Sur (72.8%). Eso es una parte del problema, la otra es la eficiencia terminal, que apenas rebasa el 63% en nuestra entidad. En conclusión, ingresan 60 de cada 100, y sólo terminan 36 de cada 100 que inician. Ergo: de cada 100 jóvenes en edad de cursar el bachillerato, sólo logran terminarlo 36.

Conviene detenerse un poco para ubicar el problema. La absorción en Colima es alta: prácticamente todos los que terminan la secundaria ingresan a media superior, el problema, entonces, son todos los que no terminan la secundaria: más de 160 mil

colimenses mayores de 15 años. Además, la cobertura en secundaria (ciclo 2005-2006) en el estado es una de las más bajas del país, con el 86%, por debajo de la cobertura nacional (91.8%); de hecho Colima se ubica en el cuarto grupo, de acuerdo con la clasificación que hace la SEP, sólo arriba de Chiapas, Guerrero, Guanajuato, Campeche, Michoacán, Quintana Roo y Sinaloa. A este comportamiento del sistema escolar debemos sumar también una pobre eficiencia terminal en ese nivel (74.8%), por debajo de la nacional (79%).

En educación superior Colima tiene una tasa de escolarización de 24.2% en el año 2000 y de 26.1% en 2005, de acuerdo con datos de la ANUIES. En ambos ciclos por encima de la media nacional (19.9 y 24.7%, respectivamente), pero distante de los estados con las tasas más altas en ambos periodos: DF (41.1 y 46.1%), y Tamaulipas (31.8 y 32.6%, respectivamente). No obstante estar ubicado entre los mejores cinco en su tasa de cobertura en el año 2000, para 2005 otros estados alcanzaron porcentajes superiores: Aguascalientes (28.9%), Baja California Sur (29.3%), Coahuila (29.5%), Puebla (27%), Sinaloa (31%), Sonora (32.8%), Tabasco (27.7%) y el ya referido Tamaulipas. Significa que la mitad de la década en curso no favoreció sustancialmente las posibilidades de ingresar a educación superior.

En conclusión, Colima enfrenta el enorme reto de elevar los indicadores en la educación secundaria, y después, abrir las oportunidades para ingresar a educación media superior y superior a los porcentajes mayoritarios de quienes ahora no tienen ese privilegio. El esfuerzo requiere planeación con sentido global, acciones concertadas, decisión gubernamental y recursos financieros crecientes.

Expansión regulada de la educación privada

Las dos décadas recientes conocieron un crecimiento vertiginoso de la educación superior privada en México. Frente a la demanda por ingresar a las instituciones educativas, en un contexto donde los recursos financieros no fluyeron en la misma proporción, ni tampoco las políticas para regular el crecimiento y su calidad, el resultado fue que la matrícula y las instituciones de sostenimiento particular experimentaron una nueva ola de crecimiento, hasta alcanzar un tercio de la matrícula nacional. Los efectos del fenómeno son diversos, pero destaca el bajo nivel de muchas de las instituciones, y el paradójico descrédito de las

instituciones públicas bajo el discurso de que las privadas son mejores, lo que no se ha podido demostrar fehacientemente en el país, sólo como atributo de las propias instituciones, sino como parte del conjunto de variables que caracterizan a las poblaciones usuarios de esos servicios. Así, a la pobre calidad ofrecida en ese tipo de establecimientos, se suma la comercialización de los servicios educativos como fin en sí misma y su simple pero desastrosa consideración de concebirla como una empresa cuyos únicos fines son proporcionar atención a los clientes, como si la educación se pudiera equiparar a la prestación del servicio telefónico.

La repentina irrupción de múltiples escuelas particulares en Colima, sobre todo de educación superior, obliga a tomar medidas firmes que eviten que la necesaria elevación de la matrícula sea absorbida por escuelas de dudosa o probada mala calidad, como ya acontece en otras entidades.

6

Financiamiento para la educación

Uno de los retos que más podrían definir el rumbo y la suerte de la educación media superior y superior es el financiamiento. Del tema se ha escrito y dicho como de pocos otros, sobre todo en los ámbitos que vinculan lo educativo y lo político. Lo que parece claro, en el corto plazo, es que difícilmente habrá una inversión federal mucho más cuantiosa que la actual, por el tipo de concepciones que priman, de no invertir más en educación –y si se puede, reducir los presupuestos-, y porque la inversión federal ya representa una proporción muy elevada del gasto programable. Sin que sea lo deseable, parece lógico esperar que los presupuestos sigan siendo insuficientes y, en buena medida, fruto de las negociaciones políticas en el Congreso de la Unión, signadas por intereses grupales y pugnas de poder.

Frente a ese muy probable escenario cabe señalar dos advertencias. Primero, que las lecciones del examen conocido como PISA (Programa Internacional de Evaluación de Estudiantes), de la OCDE, indican que invertir más no se traduce en mejores resultados, pero sí revelan que los que invierten menos, sistemáticamente ocupan los peores resultados. En segundo término, la carencia de recursos, especialmente para las universidades públicas introduce permanentemente el discurso de que las instituciones deben buscar

financiamiento privado; tal visión ignora que los sectores productivos ya están invirtiendo desde hace muchos años, y hasta crearon sus propias universidades. Es decir, que las vías para incrementar el presupuesto no parecen anchas, ni demasiado prometedoras.

7

Epílogo

Hay otros retos junto a los cinco descritos sucintamente. En su conjunto, suman un formidable desafío, para la educación colimense y para el futuro, para la sociedad y para el gobierno, para las escuelas y para otras agencias sociales. Son retos del futuro; en el presente, malestares que generan la certidumbre de que hay avances incuestionables, pero también la sensación de que podríamos y tendríamos que aspirar a una educación más extendida y de superior calidad. Entre otros pendientes, sólo por dejar testimonio, tendríamos que incluir la relevancia de la educación, esto es, su contenido: para qué sirve y para qué debiera servir a los ciudadanos de Colima. La pregunta no es intrascendente. Con frecuencia la educación se convierte en el reino del absurdo, donde las preguntas esenciales se dejan de reflexionar y la brújula colectiva se desorienta. Entonces, cuando parece que todos estamos de acuerdo, cada uno navega su mar. Al respecto, parece innegable que democracia, medio ambiente, tolerancia y respeto a la diversidad, deben ser parte de la formación para los ciudadanos del siglo XXI.

Un reto más que atraviesa al resto es el papel protagónico que deben desempeñar los profesores. Sin ellos no hay posibilidad de cambiar, si se considera pertinente impulsar una transformación. Si la presencia de los profesores no avala el éxito, su ausencia sí garantiza el fracaso. Contar con ellos es fundamental, lograr su movilización en torno a intereses pedagógicos es complicado, pero si no es con la participación de los maestros podríamos empezar, muy temprano, a perder el camino del siglo XXI.